

13 de septiembre de 2026 – 24.º Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo A)

Sir 27,30–28,7; Rom 14,7–9; Mt 18,21–35

“Así como Dios nos perdona, también nosotros debemos perdonarnos unos a otros.”

INTRODUCCIÓN

Un maestro pidió una vez a sus alumnos que llevaran una bolsa de papas, una por cada persona a la que se negaban a perdonar. Después de algunos días, las papas comenzaron a pudrirse. El olor se volvió insoportable y los niños empezaron a quejarse. Entonces el maestro les dijo tranquilamente: “Eso es lo que la falta de perdón hace en el corazón”.

En el Evangelio de hoy, Pedro pregunta a Jesús cuántas veces debe perdonar. Jesús responde no con un número, sino con un modo de vivir: “setenta y siete veces”. La misericordia de Dios hacia nosotros no tiene límites, y Jesús nos invita a dejar que esa misericordia fluya a través de nosotros hacia los demás.

La tragedia es que muchas veces cargamos heridas

antiguas durante años. Nos encerramos a nosotros mismos en el resentimiento, el orgullo y la amargura. Sin embargo, el Evangelio nos recuerda que el perdón no es debilidad; es libertad. Dios no simplemente aplaza nuestra deuda: la cancela por medio de Cristo.

Al reunirnos alrededor de este altar, pidamos al Señor que libere nuestros corazones de la ira, el resentimiento y la dureza, y que nos prepare ahora para celebrar estos santos misterios con un arrepentimiento sincero.

ACTO PENITENCIAL

Con invocaciones del Kyrie

Señor Jesús, tú revelas a los pecadores la misericordia infinita del Padre: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos perdonas incluso cuando fallamos y te negamos: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a perdonarnos unos a otros de todo corazón: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso, que en su gran misericordia cancela la deuda de nuestros pecados y nos llama a perdonarnos mutuamente de corazón, nos libere de toda amargura, sane nuestros corazones heridos y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque la misericordia de Dios es más grande que nuestros pecados y su perdón nos abre siempre un nuevo comienzo, unámonos a los ángeles para alabar la gloria de Dios.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuya misericordia es infinita
y cuyo perdón restaura la dignidad de tus hijos,
derrama en nuestros corazones la gracia
de recibir tu compasión con humildad
y de compartirla generosamente con los demás,
para que, libres de la ira y del resentimiento,
vivamos como testigos de reconciliación y de paz.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una vez, un niño pequeño escribió una carta a su abuela después de una discusión familiar. En ella decía:

“Abuela, sé que tú y papá están enojados el uno con el otro. Pero ya se acerca la Navidad. Por favor, no me obliguen a elegir a qué casa debo ir”.

La abuela leyó la carta y comenzó a llorar. Comprendió que dos adultos habían permitido que el orgullo y el resentimiento fueran más importantes que el amor. Aquel pequeño niño se convirtió en el puente que volvió a unir a la familia.

Ese es exactamente el mundo al que Jesús dirige hoy su mensaje: un mundo herido por la ira, el dolor, el orgullo, el resentimiento y las relaciones rotas.

Pedro se acerca a Jesús con lo que probablemente considera una pregunta generosa:

“Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces debo perdonarlo? ¿Hasta siete veces?”

En la tradición judía, el siete era el número de la perfección. Pedro ya se está esforzando bastante.

Pero Jesús destruye todos los límites:

“No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta y siete veces”.

En otras palabras, el perdón no es una cuestión matemática. No es llevar cuentas. No es una calculadora. El perdón es un estilo de vida.

Y porque Jesús sabe lo difícil que es esta enseñanza, cuenta una parábola.

La deuda imposible de pagar

El Evangelio habla de un servidor que debía a su señor diez mil talentos, una cantidad inimaginable de dinero. En términos actuales equivaldría a millones y millones de dólares; una deuda imposible de saldar.

El servidor cae de rodillas y suplica:

“Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”.

Pero todos los que escuchaban a Jesús sabían que ningún tiempo sería suficiente para pagar semejante deuda.

Y entonces llega el momento sorprendente de la parábola.

El señor no simplemente aplaza el pago.

Cancela completamente la deuda.

La misericordia supera a la justicia.

Así es como Dios actúa con nosotros.

Con frecuencia imaginamos a Dios como un contable que lleva un registro exacto de nuestros errores. Sin embargo, Jesús nos revela a un Dios cuya misericordia está más allá de todo cálculo. Dios no solamente nos tolera; nos ofrece un nuevo comienzo.

Una homilía alemana lo expresa bellamente:

“No eres arrojado a la cárcel. No eres condenado. Ni siquiera eres reprendido. En cambio, recibes una cancelación total de la deuda”.

Ese es el corazón del cristianismo.

Y cuando observamos la vida de Jesús, vemos esta

misericordia por todas partes.

La mujer sorprendida en adulterio merecía condenación según la ley. La multitud estaba lista con piedras en las manos. Pero Jesús le dice:

“Yo tampoco te condeno. Vete y no peques más”.

Una mujer pecadora llora a los pies de Jesús mientras otros la señalan con el dedo. Simón el fariseo piensa:

“Si este hombre supiera qué clase de mujer es ella...”

Pero Jesús ve no solamente su pecado; ve también su corazón herido y su amor. Restaura no solo su alma, sino también su dignidad.

Pedro proclama con fuerza que jamás negará a Jesús. Sin embargo, pocas horas después jura tres veces:

“No conozco a ese hombre”.

Entonces Jesús lo mira, no con odio, sino con amor. En ese momento Pedro experimenta un perdón tan profundo que sale y llora amargamente.

Incluso Pablo, que persiguió a la Iglesia, dirá más tarde con asombro:

“Me llamó a mí, el menos digno”.

Y pasa el resto de su vida predicando la misericordia que él mismo recibió.

Hermanos y hermanas, todos nosotros necesitamos esa misericordia.

Hoy en día a veces minimizamos el pecado. Fingimos que la culpa no existe. Pero en lo más profundo sabemos que nos fallamos unos a otros, que nos herimos mutuamente y que fallamos a Dios.

Sin embargo, el Evangelio nos asegura que ningún pecado es más grande que la misericordia de Dios.

Perdonar no es fácil

Pero ahora viene la parte más difícil.

Una cosa es recibir el perdón de Dios.

Otra muy distinta es ofrecer ese perdón a los demás.

Perdonar no es fácil.

Alguien dijo una vez:

“El perdón es una idea maravillosa hasta que tienes a alguien a quien perdonar”.

Y es verdad.

Algunas heridas son muy profundas. Algunas personas cargan durante años con traiciones, abusos, rechazos, humillaciones o la pérdida de confianza. A veces la otra persona ni siquiera pide perdón. A veces no muestra ningún arrepentimiento.

El libro del Eclesiástico nos habla hoy de la ira, el resentimiento, la venganza y la costumbre de llevar una cuenta exacta de las faltas ajenas. Esos sentimientos son profundamente humanos.

Incluso Jesús experimentó ira: ira ante la injusticia, ira cuando el Templo fue convertido en mercado, ira cuando los débiles eran oprimidos.

Pero existe una diferencia entre una ira pasajera y un resentimiento cultivado.

El peligro no es sentir ira.

El peligro es comenzar a alimentarla, protegerla, justificarla y convertirla en parte de nuestra identidad.

Y cuando eso sucede, la ira se convierte en veneno.

Existe un ejemplo moderno que todos reconocemos: la agresividad al volante.

A veces un incidente muy pequeño en la carretera desencadena una enorme explosión de ira. Alguien se cruza delante de otro vehículo y, en cuestión de segundos, las personas gritan, insultan e incluso se vuelven violentas. La reacción es mucho mayor que la ofensa.

¿Por qué?

Porque muchas veces la ira no comenzó en la carretera. La carretera simplemente reveló lo que ya estaba hirviendo por dentro.

Por eso la falta de perdón no destruye solamente a la otra persona; también nos destruye a nosotros.

Los verdugos del corazón

El predicador alemán habla con fuerza acerca de los “verdugos” mencionados en el Evangelio de hoy.

Jesús dice que el servidor que no quiso perdonar fue entregado a los verdugos.

¿Quiénes son esos verdugos?

El predicador afirma que son reales.

Son la amargura, el veneno interior, la pérdida de la alegría y la prisión que construimos para nosotros mismos cuando nos negamos a perdonar.

Cuenta la historia de una familia campesina en Alemania.

Dos granjas vecinas habían estado enfrentadas durante generaciones debido a una antigua disputa por unas tierras. Nadie recordaba ya exactamente qué había ocurrido. Sin embargo, las familias dejaron de hablarse.

Entonces, un día, hubo una boda en la granja vecina. La novia fue personalmente a invitar a la otra familia y les dijo:

“Pongamos fin a esta pelea y celebremos juntos”.

Pero el orgullo se negó.

Y así, mientras en la granja vecina celebraban con música, bailes y risas, la otra familia permaneció en casa escuchando desde lejos los sonidos de la alegría.

El predicador comenta:

“La alegría de los otros se convirtió en nuestros verdugos”.

Eso es lo que hace el resentimiento.

Nos encarcela.

Muchas personas viven exactamente así hoy.

Un esposo y una esposa dejan de hablarse porque ninguno quiere decir: “Lo siento”.

Los hijos se alejan de sus padres.

Los amigos dejan de hablarse por un malentendido.

Algunas personas abandonan la Iglesia porque hace años un sacerdote las hirió o las decepcionó.

Incluso los mismos sacerdotes pueden volverse amargados con sus comunidades.

Detrás de tantas relaciones rotas hay una misma tragedia: la incapacidad de perdonar.

Y porque el perdón es difícil, debemos recordar también algo importante de las reflexiones de hoy: perdonar muchas veces requiere tiempo.

La sanación suele ser lenta.

Cuando las relaciones están profundamente heridas, la reconciliación rara vez ocurre de la noche a la mañana.

Cuanto más profunda es la herida, más largo es el camino.
El proceso de paz en Irlanda del Norte es un ejemplo de ello. Décadas de dolor y desconfianza no pudieron sanar instantáneamente.

Lo mismo sucede en las familias y en las comunidades.
A veces el regalo más importante que podemos ofrecer a otra persona es el regalo del tiempo.

En la parábola de hoy ambos servidores dicen:

“Dame tiempo”.

¿Con cuánta frecuencia las personas nos dicen silenciosamente lo mismo?

“Dame tiempo para cambiar.”

“Dame tiempo para sanar.”

“Dame tiempo para comprender lo que he hecho.”

Y quizá también nosotros debemos rezar esas mismas palabras delante de Dios y delante de los demás.

Una lección de un niño

El predicador alemán cuenta también una sencilla historia de su infancia.

Cuando era niño, perdía con muy mal humor cuando jugaba. Un día, mientras jugaba a un juego de mesa, se enfadó tanto que lanzó todas las piezas fuera de la mesa y arruinó la partida.

Su padre lo envió a su habitación.

Mientras estaba allí sentado, lleno de ira, podía escuchar a los demás abajo riendo y continuando el juego.

Más tarde comentó:

“No estaba enojado con ellos. Estaba enojado conmigo mismo. Solo tenía que bajar y decir: ‘Lo siento’. Pero no podía hacerlo”.

Una vez más, los verdugos.

¿Cuántas personas viven hoy atrapadas en el orgullo porque no pueden pronunciar esas sencillas palabras:

“Lo siento”?

¿Y cuántas relaciones podrían comenzar de nuevo si alguien simplemente dijera:

“Te perdono”?

Cómo nos trata Dios

En el corazón del Evangelio de hoy hay una verdad profunda.

Dios no nos trata según una justicia estricta.

Si Dios nos tratara solamente con justicia, ¿quién de nosotros podría mantenerse en pie?

En cambio, Dios se relaciona con nosotros mediante la misericordia.

San Pablo dice:

“Cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros”.

Dios no espera a que seamos perfectos.

Cristo tomó sobre sí nuestra deuda.

Por eso en cada Misa se nos vuelve a señalar a Jesús con las palabras:

“Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

Ese es el centro de nuestra fe.

Y si Dios nos trata así, entonces Jesús nos dice que debemos tratarnos unos a otros de la misma manera.

No:

“Como tú me hiciste, así te haré yo”.

Sino más bien:

“Como Dios ha hecho conmigo, así haré yo contigo”.

Conclusión

Permítanme terminar con otra historia.

Durante la Guerra Civil Española, un joven llamado Paco huyó de su casa después de una amarga discusión con su padre. Pasaron los meses y el padre lo buscó por todas partes, pero no pudo encontrarlo.

Finalmente, desesperado, puso un anuncio en un periódico de Madrid. Decía:

“Paco, todo está perdonado. Te espero mañana al mediodía frente a la oficina del periódico. — Papá”.

Al día siguiente se presentaron más de ochocientos jóvenes llamados Paco.

¿Por qué?

Porque en lo profundo de cada corazón humano existe hambre de perdón.

Y en lo profundo de cada corazón humano también existe el deseo de poder perdonar.

Hoy Jesús nos recuerda que el perdón no es debilidad.

El perdón es libertad.

Libera al pecador.

Libera al herido.

Libera el corazón.

Pidamos hoy la gracia de no vivir según la ley del resentimiento, sino según la misericordia de Dios.

Y que nuestras vidas proclamen no:

“Como tú me hiciste, así te hago yo”,
sino:

“Así como Dios me ha perdonado, así yo te perdono.”

Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos en la fe de la Iglesia y confiando en la misericordia de Dios revelada en Jesucristo, profesemos ahora nuestra fe.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al colocar estos dones sobre el altar, presentemos también ante el Señor toda herida, toda carga y todo resentimiento, y oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que esta ofrenda, Señor, que presentamos para celebrar la misericordia infinita de tu Hijo, nos alcance la gracia de perdonar como nosotros mismos hemos sido perdonados y de vivir en paz y reconciliación unos con otros.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu inmensa compasión no nos abandonaste a la

prisión del pecado y del resentimiento, sino que enviaste a tu Hijo entre nosotros para revelarnos la profundidad infinita de tu misericordia.

Cuando jamás hubiéramos podido pagar la deuda de nuestros pecados, Cristo tomó sobre sí nuestra carga mediante su Muerte y Resurrección, abriéndonos el camino hacia la libertad, la reconciliación y la paz.

Y por el don de tu Espíritu nos enseñas a perdonarnos unos a otros de corazón, para que la misericordia recibida se convierta en misericordia compartida.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Porque solo los corazones que saben que han sido perdonados pueden rezar sinceramente: “Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, oremos con confianza al Padre con las palabras que nos enseñó nuestro Salvador.

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y especialmente de la amargura, el resentimiento y el orgullo que aprisionan el corazón humano; concédenos la paz en nuestros días para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que mostraste misericordia a los pecadores
y pediste perdón incluso desde la Cruz,
no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad,
la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios.

En esta Eucaristía, Cristo no solo perdona nuestros pecados, sino que también nos concede la gracia de perdonarnos unos a otros de corazón.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, nos has alimentado con el Pan de la misericordia y de la reconciliación. Enséñanos a no aferrarnos a viejas heridas ni a resentimientos cuidadosamente guardados. Líbranos de los “verdugos” de la ira y de la amargura, para que nuestros corazones se conviertan en lugares de paz, sanación y nuevos comienzos.

Que salgamos de esta Eucaristía dispuestos a decir ambas cosas: “Lo siento” y “Te perdono”.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la fuerza de este don celestial, Señor, tome posesión de nuestras mentes y de nuestros cuerpos, para que la misericordia que hemos recibido en este sacramento produzca frutos en una vida marcada por el perdón, la reconciliación y la paz. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios de toda misericordia libere sus corazones del resentimiento y de la ira, les enseñe a perdonar como han sido perdonados, y llene sus hogares y sus relaciones de paz. Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de misericordia, perdón y reconciliación.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“No vivas según la ley del resentimiento, sino según la misericordia de Dios:

Así como Dios me ha perdonado, así yo te perdono.”

14 de septiembre de 2026 – Lunes

(Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz)

Nm 21,4b–9; Flp 2,6–11; Jn 3,13–17

“Elevados en el amor, somos atraídos a la vida.”

INTRODUCCIÓN

Había una vez un niño que entró en una antigua iglesia donde un gran crucifijo colgaba sobre el altar. Permaneció allí largo rato, observándolo con curiosidad. Finalmente tiró suavemente de la manga de su madre y le preguntó en voz baja: “¿Por qué tenemos una imagen de alguien que parece haber perdido?” La pregunta era sencilla, pero tocaba el misterio que celebramos hoy.

A los ojos del mundo, la cruz parece un signo de debilidad y derrota. Sin embargo, en Cristo, la cruz se convierte en la manifestación más clara del amor de Dios: un amor dispuesto a entrar en el sufrimiento humano para traer sanación y vida. Lo que parecía ser el final se convirtió en el comienzo de la salvación.

Hoy celebramos no el sufrimiento en sí mismo, sino el triunfo del amor que se entrega. Jesús, elevado en la cruz,

atrae a todos hacia sí y nos recuerda que la victoria de Dios no se revela mediante el dominio o la fuerza, sino mediante la compasión, la humildad y el amor fiel.

Pero hay momentos en que nos resistimos a ese amor, nos aferramos al resentimiento o dejamos de confiar en Dios en medio de las pruebas. Por eso, con corazones humildes, reconozcamos nuestros pecados y pidamos al Señor misericordia y paz.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú fuiste elevado en la cruz para atraer a todos hacia el poder sanador del amor de Dios:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú revelaste el triunfo del amor humilde y entregado sobre el pecado y la muerte:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú eres el árbol de la vida para todos los que ponen su confianza en ti: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que manifestó por medio de la Cruz la victoria del amor sobre el pecado y la muerte, perdone nuestros pecados, nos sane con su misericordia y nos atraiga a la plenitud de la vida. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Cristo, por su obediencia hasta la muerte de cruz, ha sido exaltado por el Padre y ha recibido el Nombre que está sobre todo nombre, unamos nuestras voces a las de los ángeles y los santos y cantemos con alegría:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que quisiste que tu Hijo unigénito soportara la Cruz para salvar al género humano, concédenos, te rogamos, que quienes hemos conocido en la tierra este misterio merezcamos alcanzar en el cielo la gracia de su redención.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de una maestra que trabajaba con niños en una escuela parroquial. Un día pidió a los alumnos que dibujaran un símbolo que les recordara el amor de Dios. Algunos dibujaron corazones, otros una iglesia y otros una Biblia. Un niño dibujó una cruz. Cuando la maestra le preguntó por qué, respondió: “Porque Jesús me amó tanto que nunca dejó de amarme, ni siquiera cuando sufrí.” Esa respuesta sencilla expresa algo esencial de la fiesta que celebramos hoy.

La cruz y el triunfo no parecen pertenecer a la misma realidad. Humanamente hablando, el triunfo significa éxito, victoria y reconocimiento. La cruz, en cambio, habla de sufrimiento, rechazo y pérdida. Sin embargo, el corazón de nuestra fe se atreve a unir estas dos realidades: el triunfo de la cruz.

En el Evangelio, Jesús dice que será “elevado”, así como Moisés elevó la serpiente en el desierto. Quienes miraban aquella serpiente eran curados. Del mismo modo, quienes contemplan con fe a Jesús elevado en la cruz son atraídos

hacia la sanación y la vida. Lo que parece muerte se convierte en fuente de salvación.

San Pablo nos ayuda a comprender por qué. En la carta a los Filipenses habla de Cristo, que se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todas las cosas. La exaltación de Jesús es inseparable de su amor entregado. Su gloria no es un poder impuesto desde arriba, sino un amor derramado totalmente por los demás.

En la cruz, Jesús revela la plenitud del amor de Dios. No es un amor que depende de ser correspondido; no es un amor que se retira cuando es rechazado; es un amor que permanece fiel incluso frente al odio. “Tanto amó Dios al mundo...” No a un mundo perfecto, sino a un mundo herido y pecador. Ese es el mundo que Dios abraza.

Esto significa que la cruz no es solamente algo que contemplamos; es también una realidad que estamos invitados a vivir. El triunfo de la cruz se hace visible en formas pequeñas y muchas veces ocultas: cuando alguien perdona en lugar de guardar rencor; cuando una persona

permanece fiel a un compromiso difícil; cuando el sufrimiento se lleva con serena dignidad; cuando el amor se ofrece sin buscar reconocimiento.

Con frecuencia buscamos signos extraordinarios de la presencia de Dios, pero la cruz nos enseña a reconocer la victoria divina en el amor humilde y costoso. Allí, en la paciencia, en la perseverancia y en la compasión, el poder de la cruz sigue actuando en nuestro mundo.

Al mismo tiempo, la cruz nos recuerda que no nos salvamos a nosotros mismos. Jesús dice: “Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí.” Nuestra tarea no consiste en subir hasta Dios por nuestras propias fuerzas, sino en dejarnos atraer por Él, dejarnos envolver por un amor que sana, restaura y da vida.

Hay otra historia acerca de un hombre que talló una cruz de madera y la colocó sobre la tumba de su esposa. Alguien le preguntó por qué había elegido ese símbolo. Él respondió: “Porque este no es solamente el lugar donde terminó su vida; es el lugar donde Dios promete que volverá a comenzar.” Esa es la paradoja que celebramos

hoy. La cruz, que una vez fue signo de muerte, se ha convertido para nosotros en el árbol de la vida.

Por eso exaltamos la cruz, no como un símbolo de sufrimiento solamente, sino como el signo de un amor más fuerte que el pecado, más fuerte que la muerte y más fuerte que cualquier cosa que pueda destruirnos. Elevados en el amor, somos atraídos hacia la vida.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio, ofrecido en acción de gracias por el amor salvador revelado en la Cruz, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que esta oblación, Señor,
que sobre el altar de la Cruz
borró la culpa del mundo entero,
nos purifique de todos nuestros pecados, te rogamos,
y nos atraiga cada vez más profundamente
a la vida que Cristo nos ha conquistado.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque pusiste la salvación del género humano
en el madero de la Cruz, para que de donde había surgido
la muerte brotara nuevamente la vida,
y para que quien venció por un árbol
fuera vencido también por un árbol,
por Cristo, Señor nuestro.

Elevado en lo alto de la Cruz,
tu Hijo reveló la plenitud de tu amor,
atrayendo a todos hacia sí
mediante la obediencia, la humildad y la misericordia.

En su sufrimiento no vemos derrota, sino victoria,
porque su amor fiel ha vencido al pecado y a la muerte
y nos ha abierto el camino hacia la vida eterna.

Por eso, con todos los ángeles y los santos,
te alabamos proclamando sin cesar: **Santo, Santo, Santo.**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre que nos
atrae a la vida por medio del amor salvador de la Cruz:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por la victoria de Cristo crucificado y
resucitado, vivamos libres del pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que en la Cruz revelaste
un amor más fuerte que el odio y la muerte,
no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele, conforme a tu
voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que fue elevado para la salvación del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La Cruz nos enseña que el amor es más fuerte que el sufrimiento y que la vida es más fuerte que la muerte. En esta Eucaristía, el Señor que fue elevado por nosotros nos ha atraído una vez más a su presencia sanadora. Que llevemos la fuerza de ese amor a nuestros hogares, a nuestras luchas y a nuestras relaciones, convirtiéndonos en signos vivos del triunfo de la Cruz mediante la paciencia, el perdón y el amor fiel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con este santo banquete, te suplicamos, Señor Jesucristo, que lleves a la gloria de la resurrección a quienes has redimido por el madero de tu Cruz vivificante.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los conserve firmes en la fuerza de su amor. Amén.

Que Cristo, crucificado y resucitado, los atraiga siempre a la plenitud de la vida y de la esperanza. Amén.

Que el Espíritu Santo los ayude a reconocer la victoria de la Cruz en las obras de amor humilde y fiel. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida transformada por el amor de la Cruz.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La Cruz no es el final de la historia. En Cristo, lo que parecía una derrota se convirtió en el triunfo del amor y en el comienzo de una vida nueva. Allí donde el amor se vive con paciencia, sacrificio y fidelidad, el poder de la Cruz continúa transformando el mundo.

15 de septiembre de 2026 – Martes

(Nuestra Señora de los Dolores)

Hb 5,7–9; Jn 19,25–27 o Lc 2,33–35

El amor que permanece, aun cuando cuesta todo.

INTRODUCCIÓN

Una enfermera compartió una vez cómo, durante las horas silenciosas del turno de noche, observaba con frecuencia una escena que se repetía una y otra vez: una sola silla colocada junto a la cama de un hospital. En esa silla estaba sentada una madre, un padre o un cónyuge, velando junto a su ser querido. Las máquinas emitían sus sonidos, los médicos entraban y salían, pero aquella persona permanecía allí, a veces sin decir nada, a veces simplemente sosteniendo una mano. “No pueden arreglar nada”, decía ella, “pero se niegan a marcharse”. Hay algo profundamente humano en esa clase de presencia. Cuando el amor es verdadero, no desaparece ante el sufrimiento. Permanece. Espera. Persevera, incluso cuando no hay palabras ni soluciones.

Hoy, al celebrar a Nuestra Señora de los Dolores, somos invitados a contemplar esa misma presencia en María.

Hoy no la recordamos por haber realizado algo extraordinario a los ojos del mundo, sino por haber permanecido firme, de pie junto a su Hijo en la hora más oscura de su vida.

Al entrar en esta Eucaristía, podemos preguntarnos: ¿cuántas veces hemos dejado de permanecer en el amor, ante Dios o ante nuestros hermanos? Reconozcamos nuestros pecados y preparémonos así para celebrar dignamente estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú permaneciste fiel en el amor incluso en la hora del sufrimiento y del rechazo. Señor, ten piedad. Cristo Jesús, tú nos entregaste a María como Madre al pie de la Cruz. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a permanecer junto a los demás con corazones firmes y compasivos.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que nos hemos apartado del sufrimiento de los demás, hemos dejado de ser fieles en el amor y hemos rechazado el llamado a estar al lado de quienes nos necesitan; y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que quisiste que, cuando tu Hijo fuera levantado en lo alto de la Cruz, su Madre permaneciera junto a Él y compartiera su sufrimiento, concede a tu Iglesia que, caminando fielmente por la senda del amor y del sacrificio, participe más profundamente en el misterio de Cristo y llegue a alegrarse en la plenitud de su victoria.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de una mujer que visitaba diariamente a su esposo en una residencia para personas mayores. Con el paso de los años, él había perdido casi por completo la memoria y ya no podía reconocerla. Sin embargo, cada mañana ella llegaba a la misma hora, se sentaba a su lado, le tomaba la mano y le hablaba con cariño. Un día alguien le preguntó: “¿Por qué sigue viniendo si él ya no sabe quién es usted?”. Ella respondió: “Tal vez él no sepa quién soy yo, pero yo sí sé quién es él”. Ese amor fiel y perseverante iluminaba una situación marcada por el dolor.

María, en la fiesta de hoy, es precisamente esa clase de presencia. El antiguo himno *Stabat Mater* lo expresa con sencillez y profundidad: la Madre estaba de pie. Junto a la cruz permanecía firme. No estaba resolviendo la situación, ni rescatando a su Hijo, ni impidiendo lo que ocurría. Simplemente permanecía allí, amando y soportando con fidelidad.

La profecía de Simeón resuena en el Evangelio de hoy: “Y a ti misma una espada te atravesará el alma”. El dolor de María no es accidental; es una consecuencia directa de su amor y de su cercanía a Jesús. Estar cerca de Él significa compartir no solo su alegría, sino también su sufrimiento. El amor une sus vidas de manera tan profunda que el dolor del Hijo se convierte también en el dolor de la Madre. Nosotros conocemos algo de esta experiencia. Cuando alguien a quien amamos sufre, nosotros también sufrimos. Cuanto más profundo es el amor, más intensa es la herida. No existe una manera de amar sin quedar afectados. La única forma de evitar el dolor sería negarse a amar, pero eso no es vivir de verdad. María eligió amar plenamente y sin reservas. Desde el momento en que pronunció su “sí” en la Anunciación, comenzó un camino que la conduciría no solo a Belén, sino también al Calvario. Fue un camino de continuo desprendimiento, permitiendo que su Hijo perteneciera primero al Padre y no a ella.

Al pie de la cruz, ese desprendimiento alcanza su punto más profundo. Sin embargo, incluso allí nace algo nuevo. Jesús confía María al discípulo amado: “He ahí a tu madre”. En ese momento, su maternidad se expande. Su dolor se vuelve fecundo. Del corazón mismo de la cruz surge una nueva familia de fe.

Por eso la fiesta de hoy, aunque marcada por el sufrimiento, no carece de luz. La permanencia de María junto a la cruz ya está iluminada por la promesa de la Pascua. Su fidelidad no es el final de la historia; es el camino por el cual Dios hace surgir una victoria más grande.

Para nosotros, María es al mismo tiempo compañera y maestra. Ella nos muestra que la fe no consiste en escapar del sufrimiento, sino en permanecer fieles dentro de él. Nos invita a estar junto a las cruces de los demás, no con respuestas fáciles, sino con un amor constante y perseverante.

Una maestra observó que uno de sus alumnos, normalmente alegre, se había vuelto silencioso después

de la muerte de su padre. Sus calificaciones comenzaron a bajar y parecía distraído en clase. En lugar de presionarlo, un día se quedó con él después de la escuela y le dijo simplemente: “No tienes que pasar por esto solo”. Años más tarde, aquel joven recordaría ese momento como un punto de inflexión en su vida. No porque el dolor hubiera desaparecido, sino porque alguien decidió permanecer a su lado.

Ese es el amor que María encarna hoy: un amor que permanece firme, incluso cuando cuesta todo. Y ese es el amor que nosotros estamos llamados a vivir.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con corazones dispuestos a permanecer fielmente en el amor junto a Cristo y junto a los demás, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, oh Dios misericordioso, las oraciones y ofrendas de tu pueblo, que recuerda con devoción los dolores de la Santísima Virgen María; y concédenos que, siguiendo su ejemplo de amor firme y constante, permanezcamos fieles junto a la Cruz de tu Hijo y lleguemos a ser para los demás signos de consuelo y esperanza.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque, en tu amorosa sabiduría,
elegiste a la Santísima Virgen María
para permanecer fielmente junto a la Cruz de tu Hijo.
Como Simeón había profetizado,
una espada de dolor atravesó su corazón,
pero ella permaneció firme en la fe y en el amor.

En su silenciosa fidelidad contemplamos la fuerza de un amor que no huye del sufrimiento, un amor que persevera incluso cuando cuesta todo.

Al pie de la Cruz recibió a todos los creyentes como hijos suyos y llegó a ser para tu Iglesia Madre de compasión y de esperanza.

Por medio de su ejemplo nos enseñas a permanecer cerca de quienes sufren, a llevar los unos las cargas de los otros y a confiar en que, aun en medio del dolor, tu victoria salvadora ya está actuando.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y fortalécenos para permanecer fieles en el amor cuando afrontemos el sufrimiento, la pérdida y la incertidumbre.

Como la Santísima Virgen María al pie de la Cruz, ayúdanos a no huir del dolor de los demás, sino a permanecer cerca de ellos con corazones compasivos y perseverantes.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que permaneciste fiel en el amor hasta la Cruz y nos entregaste a tu Madre como fuente de consuelo y unidad, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad según tu voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, este es quien permaneció fiel en el amor hasta la muerte y quien nos fortalece para estar junto a los demás con compasión y esperanza.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

María permaneció al pie de la Cruz, no porque pudiera cambiar lo que estaba sucediendo, sino porque el amor no le permitía alejarse. En esta Eucaristía, Cristo se ha acercado a nosotros en nuestra debilidad y en nuestro dolor. Fortalecidos por su presencia, aprendamos a permanecer fielmente junto a quienes sufren, llevando al mundo el valor sereno de un amor constante y perseverante.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Sacramento de la redención eterna, te pedimos humildemente, Señor, que, así como honramos a la Santísima Virgen María en sus dolores,

podamos imitar su amor fiel, permanecer firmes junto a quienes sufren y participar más plenamente en el misterio salvador de Cristo.

Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que dio a la Santísima Virgen María la fortaleza para permanecer fielmente junto a la Cruz de su Hijo, les conceda valor en toda prueba y los haga firmes en el amor. Amén.

Que Cristo, que transforma el sufrimiento por el poder de su Cruz y Resurrección, llene sus corazones de paz y esperanza. Amén.

Que el Espíritu Santo les enseñe a permanecer cerca de quienes sufren con compasión, paciencia y corazones fieles. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al permanecer fielmente unos junto a otros en el amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El amor se demuestra no solo por lo que dice o hace, sino también por el lugar donde decide permanecer. Como María al pie de la Cruz, estamos llamados a estar junto a los demás con un amor fiel y perseverante, confiando en que, aun en medio del dolor, Dios está haciendo surgir una vida nueva.

**16 de septiembre de 2026 – Miércoles – Santos
Cornelio y Cipriano**

1 Cor 12,31–13,13; Lc 7,31–35

“Aprender a danzar al ritmo de la música de Dios.”

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un violinista que un día tocó en una concurrida estación de metro durante la hora punta de la mañana. Miles de personas pasaban apresuradamente. Algunas disminuían el paso por un instante, pero la mayoría ni siquiera lo notaba. Solo un pequeño niño se detuvo, tirando de la mano de su madre porque quería escuchar. La madre lo llevó consigo, preocupada por no llegar tarde. La música era hermosa, pero la multitud estaba demasiado ocupada y distraída para escucharla. Podemos perder lo más hermoso, no porque esté ausente, sino porque no estamos atentos. El ruido de la vida, nuestras expectativas e incluso nuestras costumbres pueden volvernos sordos a lo que se nos ofrece silenciosamente cada día.

Hoy la Iglesia recuerda a los santos Cornelio y Cipriano, pastores de la Iglesia primitiva que, en un tiempo de confusión y división, aprendieron a escuchar profundamente la voz de Cristo. Aunque afrontaron oposición, exilio y finalmente el martirio, permanecieron fieles a la “música” de Dios, guiando a otros hacia la unidad, la misericordia y la valentía.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla de personas que no supieron responder, ni al llamado de Juan Bautista a la conversión ni a su propia invitación a la alegría. Al reunirnos ahora, podemos preguntarnos: ¿nos hemos vuelto indiferentes a la música que Dios está tocando en nuestra vida? Reconozcamos esos momentos y pidamos al Señor misericordia y apertura de corazón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a escuchar la melodía de tu amor, pero con frecuencia permanecemos distraídos e indiferentes: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos invitas a alegrarnos en la libertad y la gracia del Evangelio, pero nos aferramos a nuestros propios caminos y resistimos tu ritmo: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos enseñas que el amor es paciente y bondadoso, pero nuestros corazones muchas veces están cerrados a la reconciliación y a la unidad:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso abra nuestros corazones para escuchar la música de su gracia, nos perdone cuando hemos permanecido indiferentes a su llamada al amor y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que diste a los santos Cornelio y Cipriano como pastores fieles y valientes testigos para tu pueblo, concédenos que, atentos a la voz de tu Hijo, aprendamos a caminar en la armonía del amor divino y respondamos generosamente a la gracia que pones ante nosotros cada día.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un grupo de niños se reunió una vez en la plaza de un pueblo. Uno de ellos comenzó a tocar una alegre melodía con una flauta, invitando a los demás a bailar. Algunos rieron y se unieron a la danza, pero otros permanecieron apartados, con los brazos cruzados, negándose a participar. Luego otro niño cambió el ambiente y comenzó a interpretar una melodía lenta y triste, como para un funeral. De nuevo algunos entraron en el momento, pero los mismos niños permanecieron inmóviles. Fuera cual fuera la música, no querían responder.

Jesús utiliza una imagen semejante en el Evangelio de hoy. Ve en esos niños un reflejo de su propia generación. Juan Bautista vino con un mensaje serio y austero, como un canto fúnebre que llamaba a la conversión, y muchos lo rechazaron. Jesús vino con un mensaje de gracia y

alegría, como una música que invita a bailar, y aun así muchos no respondieron. Diferentes melodías, la misma resistencia.

Es interesante imaginar a Jesús como un músico, como un flautista que interpreta la melodía de Dios. Su vida, sus palabras, sus acciones, su muerte y su resurrección forman juntas una especie de música divina. No es un canto de desesperación, sino una canción de esperanza, una proclamación de que el favor de Dios descansa sobre la humanidad.

Ser discípulo, entonces, no consiste solamente en comprender enseñanzas o seguir normas. Consiste en escuchar profundamente y permitir que esa música penetre en nuestro interior. Como toda música, debe escucharse atentamente antes de que pueda modelar nuestra manera de vivir. Sin escucha, no puede haber danza.

San Pablo, en la primera lectura, nos ofrece la descripción más clara de cómo suena esta “música de Dios”: es el

amor. Un amor paciente, un amor bondadoso, un amor que no tiene envidia ni busca su propio interés. Sin amor, dice Pablo, todo lo demás es solo ruido, como platillos que resuenan. El amor es la melodía que da sentido a todo.

Sin embargo, a veces nos resistimos a esta música. Preferimos nuestro propio ritmo, nuestra propia melodía. Como los niños del Evangelio, podemos volvernos obstinados: sin deseo de cambiar, sin disposición para dejarnos mover, sin voluntad para entrar en lo que Dios está haciendo. El Señor toca, pero nosotros permanecemos inmóviles.

Los santos Cornelio y Cipriano eligieron un camino diferente. En una época marcada por la persecución y las divisiones internas, escucharon atentamente la voz de Cristo y trabajaron por la unidad y la reconciliación dentro de la Iglesia. No se mantuvieron al margen ni se cerraron sobre sí mismos; permitieron que sus vidas fueran moldeadas por el Evangelio, incluso cuando esto los condujo al sufrimiento y al martirio. Su testimonio nos muestra lo que significa no solo escuchar la música, sino

seguirla fielmente.

María es otro hermoso modelo para nosotros. Escuchó atentamente la Palabra de Dios y permitió que transformara toda su vida. Su Magnificat no es solo un canto que entonó; es la expresión de una vida completamente armonizada con la música de Dios. Se cuenta también la historia de una anciana que cada tarde se sentaba junto a la ventana de su casa. Un día escuchó a unos niños cantar himnos en la calle. Al principio solo sonrió. Luego comenzó a acompañar suavemente el canto con sus labios. Finalmente abrió la puerta, salió al encuentro de los niños y se unió a ellos. Algunos vecinos la observaban sorprendidos, pero ella no se preocupó. Había escuchado la música y decidió responder.

Esa es la invitación que hoy se nos hace. La música de Dios ya está sonando en nuestra vida. La cuestión no es si está presente, sino si la escucharemos y, después de escucharla, si nos pondremos en pie para danzar al ritmo de su amor.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, escuchando más profundamente la música del amor de Dios, ofrezcamos nuestra vida junto con estos dones en gozosa obediencia y fidelidad, y para que mi sacrificio y el suyo sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las oraciones y las ofrendas de tu pueblo, y armoniza nuestros corazones con la melodía de tu gracia, para que, siguiendo el ejemplo de los santos Cornelio y Cipriano, vivamos en la unidad, la caridad y la firmeza de la fe. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en toda época sigues llamando a tu pueblo a escuchar la voz de tu Hijo y a entrar en la alegría de tu Reino. Cuando los corazones se vuelven distraídos o resistentes, no dejas de tocar la melodía de tu misericordia, atrayéndonos nuevamente por medio del testimonio de los santos y por el poder transformador del amor.

En los santos Cornelio y Cipriano diste a tu Iglesia pastores que escucharon fielmente a Cristo en medio de la persecución y la división. Por su valentía y su constante caridad, se convirtieron en instrumentos de unidad y de paz, enseñando a tu pueblo a seguir el ritmo del Evangelio incluso en tiempos de sufrimiento.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y las dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador,
y formados por la música del amor divino que nos hace
una sola familia en Cristo, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y líbranos también de la obstinación que nos impide
responder a tu gracia.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, atentos a
la voz de tu Hijo y guiados por la melodía del amor,
nos convirtamos en instrumentos de reconciliación y
alegría en el mundo, mientras esperamos la gloriosa
venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú viniste a nosotros con el canto de la
misericordia y de la paz, llamando a todos los pueblos a la
armonía de tu Reino. No tengas en cuenta nuestros
pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, conforme a
tu voluntad, la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por
los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos llama a escuchar la
música del amor divino y a entrar en la alegría de su
Reino. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor continúa tocando suavemente su música en
nuestros corazones. En esta Eucaristía hemos escuchado
una vez más la melodía de un amor paciente y fiel. Como
María y como los santos Cornelio y Cipriano, no
permanezcamos distantes ni indiferentes.

Que Cristo nos enseñe a levantarnos, a seguirlo y a
permitir que nuestra vida se convierta en un canto de
amor, reconciliación y alegría.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que los santos misterios que hemos recibido, Señor,
nos fortalezcan en la fe y en la caridad,
para que, atentos a la voz de Cristo,
vivamos en armonía con tu voluntad
y demos testimonio de tu amor en medio del mundo. Por
Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor abra sus corazones
para escuchar la música de su gracia
y les conceda el valor de responder con alegría. Amén.
Que les enseñe a vivir en un amor paciente y fiel,
en armonía unos con otros y con su voluntad. Amén. Y
que el testimonio de los santos Cornelio y Cipriano
los fortalezca para permanecer firmes en la fe
y generosos en la caridad. Amén.
Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, escuchando la música de Dios en sus
vidas y respondiendo con la danza del amor y de la fe.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La música de Dios ya está sonando en nuestra vida.
La cuestión no es si Dios está hablando,
sino si estamos escuchando y, después de escuchar, si
estamos dispuestos a levantarnos y danzar.

17 de septiembre de 2026 – Jueves de la XXIV Semana del Tiempo Ordinario

1 Cor 15,1–11; Lc 7,36–50

«A quien mucho se le perdona, mucho ama.»

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un hombre que llevaba siempre una pequeña libreta en el bolsillo. Cada noche anotaba los nombres de las personas que le habían hecho algún daño durante el día. Con el tiempo, la lista se hizo cada vez más larga y pesada, no solo en el papel, sino también en su corazón. Un día, un anciano amigo observó aquella costumbre y le dijo: «¿Por qué no intentas escribir, en cambio, las veces que has sido perdonado?». Aunque al principio lo hizo de mala gana, comenzó a hacerlo. Para su sorpresa, aquella segunda lista creció mucho más rápido y, poco a poco, su corazón se volvió más ligero. Con frecuencia recordamos más fácilmente las heridas que la misericordia. Conservamos en la memoria lo que otros nos deben, pero olvidamos cuánto dependemos nosotros mismos del perdón. Sin embargo, la vida

cristiana no comienza con nuestra bondad, sino con la gracia de Dios, que se nos da gratuitamente.

En el Evangelio de hoy, una mujer pecadora se acerca a Jesús con lágrimas, amor y gratitud porque ha descubierto que la misericordia es más grande que su pasado. San Pablo habla con la misma humildad: «Por la gracia de Dios soy lo que soy». Ambos nos recuerdan que los corazones perdonados se convierten en corazones que aman.

Al reunirnos alrededor del altar del Señor, venimos no como personas que se han ganado un lugar aquí, sino como pecadores acogidos por la misericordia.

Reconozcamos ahora nuestros pecados y preparémonos así para celebrar dignamente estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú acoges a los pecadores y los restauras por medio de tu misericordia: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos perdonas generosamente y nos enseñas a amar con la misma generosidad:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú ablandas los corazones que se han vuelto orgullosos, distantes o críticos: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que en su inmensa misericordia perdona nuestros pecados y nos enseña a amar con corazones agradecidos, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que por tu misericordia transformas a los pecadores en discípulos y haces que tu gracia produzca frutos en vidas renovadas por el amor, concédenos que, habiendo recibido tu perdón, respondamos con corazones generosos y fieles, para que nuestra vida proclame la grandeza de tu compasión.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Había una vez una mujer que llevaba cada día al mercado un cántaro agrietado para buscar agua. Cuando regresaba a casa, la mitad del agua se había derramado por el camino. Avergonzada, pidió perdón a su dueño. Pero él sonrió y le dijo: «¿Has visto las flores que crecen a lo largo del sendero? Yo sembré semillas allí sabiendo que tu cántaro las regaría». Lo que parecía un fracaso se había convertido silenciosamente en una fuente de belleza.

El Evangelio de hoy nos presenta otra escena impactante y, para muchos, incómoda. Una mujer conocida en la ciudad como pecadora entra sin ser invitada en la casa de un fariseo. Interrumpe una comida cuidadosamente organizada y, llorando a los pies de Jesús, los lava con sus lágrimas, los seca con sus cabellos, los besa y los unge con un perfume costoso. Todo parece excesivo, incluso escandaloso.

Simón el fariseo, el anfitrión, observa la escena con desaprobación. No logra conciliar lo que está viendo con su idea de la santidad. «Si este hombre fuera realmente

un profeta», piensa, «sabría qué clase de mujer es esta y se mantendría alejado de ella». El problema de Simón no es solamente el juicio que hace de la mujer; es también su incapacidad para reconocer su propia necesidad.

En cambio, la mujer sabe perfectamente quién es. No se acerca con excusas, sino con lágrimas; no con pretensiones, sino con amor. En algún momento anterior a esta escena, había encontrado a Jesús y había recibido de Él el don del perdón. Aquella experiencia transformó su vida. Lo que vemos ahora no es una súplica para obtener misericordia, sino una respuesta agradecida a la misericordia ya recibida.

Jesús cuenta una sencilla parábola: dos deudores, uno que debía mucho y otro que debía poco. A ambos se les perdona la deuda. ¿Cuál de los dos amará más? La respuesta es evidente y, sin embargo, su significado es profundo. «Aquel a quien se le perdona poco, ama poco». Simón no se ha permitido recibir el perdón y, por eso, su amor permanece pequeño, calculado y limitado.

San Pablo, en la primera lectura de hoy, habla desde la misma experiencia que la mujer. «Por la gracia de Dios soy lo que soy». Él sabe que no ganó su vocación por méritos propios; la recibió como un regalo de misericordia. De perseguidor pasó a ser apóstol, no gracias a sus esfuerzos, sino por la gracia divina. Y esa gracia, afirma él, «no ha sido estéril». Se desbordó en un servicio incansable.

Este es el camino de la vida cristiana: recibir antes de dar. Cuando permitimos que el amor misericordioso de Dios toque nuestro corazón, algo cambia dentro de nosotros. La gratitud reemplaza al cálculo. La generosidad sustituye a la cautela. El amor deja de ser una obligación y se convierte en una respuesta.

Simón es para nosotros una advertencia. Es posible estar cerca de Jesús, incluso invitarlo a nuestra vida, y aun así permanecer intocados: distantes, encerrados en nosotros mismos, indiferentes. La mujer, por el contrario, nos muestra el corazón del verdadero discípulo: alguien que

reconoce su necesidad, recibe misericordia y responde entregándolo todo.

Hay una historia de un joven que rompió un valioso jarrón en su casa. Lleno de miedo, esperaba un castigo y palabras de enojo. Pero su padre le dijo con serenidad: «Te perdono; solo procura tener más cuidado la próxima vez». Aquel muchacho jamás olvidó ese momento. Años después decía: «Ese fue el día en que aprendí cómo es el amor». Desde entonces, procuró vivir bien no por miedo a equivocarse, sino por gratitud hacia quien lo había perdonado.

«A quien mucho se le perdona, mucho ama». Este es el hilo conductor que atraviesa las lecturas de hoy. Cuando realmente comprendemos cuánto hemos sido perdonados, ya no podemos seguir siendo los mismos. Como la mujer del Evangelio y como San Pablo, comenzamos a amar de maneras que incluso pueden parecer excesivas a los ojos de los demás, pero que, ante Dios, son simplemente el fruto natural de la gracia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones ante el Señor, también nuestros corazones sean ofrecidos con humilde gratitud, confiando no en nuestros méritos, sino en la misericordia que nos ha perdonado y renovado.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, los dones que presentamos sobre tu altar, y así como aceptaste las lágrimas y el amor de la mujer arrepentida, recibe también la ofrenda de nuestros corazones.

Que este sacrificio haga crecer en nosotros un amor agradecido que produzca frutos en una vida de servicio fiel. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu misericordia no rechazas a los pecadores,
sino que los buscas con amor paciente y fiel.

En tu Hijo, Jesucristo,
manifiestas una compasión que devuelve la dignidad,
sana los corazones heridos
y nos llama a una vida nueva.

Nos enseñas que quienes reciben abundante misericordia
son movidos a amar con mayor generosidad,
y que tu gracia, una vez acogida,
nunca deja de dar fruto.

Por el testimonio de los pecadores perdonados y
santificados,
muestras al mundo el poder de tu amor redentor.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y libera nuestros corazones del orgullo, del resentimiento y de la dureza de corazón. Por el poder de tu misericordia, enséñanos a vivir como personas perdonadas y renovadas, para que podamos amar generosamente y servirte fielmente mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú llevaste la paz a los pecadores mediante el don del perdón y nos reconciliaste con el Padre por tu amor misericordioso.

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo;
en Él la misericordia es recibida y los corazones son renovados en el amor.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La mujer del Evangelio salió de aquella casa transformada, no porque se defendiera a sí misma, sino porque encontró la misericordia. San Pablo dedicó toda su vida a anunciar la gracia que él mismo había recibido. También nosotros nos hemos presentado ante el Señor con las manos vacías, y Él las ha llenado de perdón y de paz.

La Eucaristía nos recuerda una vez más que el amor de Dios nunca se gana; se recibe. Y cuando se recibe profundamente, no puede permanecer oculto. Los corazones perdonados se convierten en corazones agradecidos, y los corazones agradecidos aprenden a amar.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la acción de este don celestial, Señor,
tome posesión de nuestra mente y de nuestro corazón,
para que, transformados por tu misericordia,
demos frutos duraderos en una vida marcada por la
gratitud, la compasión y el amor generoso.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que ha perdonado sus pecados y los ha
alimentado con su misericordia, llene sus corazones de
amor agradecido. Amén.

Que los libre del orgullo y del juicio hacia los demás, y les
enseñe a reconocer su gracia actuando en sus vidas.
Amén.

Y que ustedes, como la mujer del Evangelio y San Pablo
Apóstol, se conviertan en testigos de la misericordia
mediante un amor generoso y fiel. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca
para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida
marcada por la misericordia, la gratitud y el amor
generoso.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cuando recordamos de verdad cuánto hemos sido
perdonados, el amor deja de ser una obligación y se
convierte en una respuesta agradecida a la gracia.

18 de septiembre de 2026 – Viernes de la 24.ª Semana del Tiempo Ordinario

1 Cor 15,12-20; Lc 8,1-3

Agraciados para recibir, llamados a dar

INTRODUCCIÓN

Había una vez una pequeña clínica rural que luchaba por mantenerse abierta. El médico era muy dedicado, pero los fondos siempre eran escasos. Un día, una mujer discreta del pueblo comenzó a dejar sobres en la recepción: sin nombre, sin nota alguna, pero con lo suficiente para mantener la clínica funcionando una semana más. Durante años nadie supo quién era aquella benefactora. Solo más tarde descubrieron que había dado silenciosamente de sus propios recursos limitados, simplemente porque creía en la sanación que allí se estaba realizando.

Gran parte de lo que sostiene la vida suele permanecer oculto a la vista. Las familias se mantienen unidas gracias a sacrificios que pasan desapercibidos, las comunidades sobreviven gracias a una generosidad silenciosa, y la

Iglesia continúa su misión porque muchas personas sirven fielmente sin buscar reconocimiento.

En el Evangelio de hoy, san Lucas saca a la luz precisamente a esos discípulos ocultos. Las mujeres que acompañaban a Jesús sostenían su ministerio con sus propios recursos. Primero habían recibido del Señor sanación y gracia, y, agradecidas, compartían lo que tenían para que otros también pudieran encontrarse con Él.

Al reunirnos alrededor de este altar, reconocemos cuánto hemos recibido nosotros mismos de Dios y de los demás. Sin embargo, no siempre hemos sido agradecidos, ni suficientemente humildes para aceptar ayuda, ni generosos al compartir nuestros dones. Reconozcamos ahora nuestros pecados y preparémonos para celebrar estos santos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú recibiste el servicio amoroso de quienes te seguían y nos enseñaste la humildad de aceptar el cuidado de los demás: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos has bendecido con innumerables dones y nos llamas a compartirlos generosamente para la construcción de tu Reino: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, por tu Resurrección nos has abierto la vida nueva en la que ningún acto de amor se pierde jamás: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Señor misericordioso nos perdone por las veces en que hemos dado por sentado a los demás, hemos dejado de compartir lo que hemos recibido o hemos rechazado la humildad de depender unos de otros. Que renueve en nosotros corazones agradecidos y espíritus generosos, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, fuente de toda gracia y dador de todo bien, que nos enseñas por medio del ejemplo de tu Hijo que el verdadero discipulado se encuentra tanto en el servicio Generoso como en la humilde apertura para recibir de los demás; concédenos que, fortalecidos por la esperanza de la Resurrección, compartamos con alegría lo que hemos recibido de ti para la edificación de tu Reino. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un viajero emprendió una larga travesía a través de un desierto. Llevaba consigo solamente aquello que pensaba que necesitaría. Pero, a medida que pasaban los días, descubrió que no se sostenía únicamente con sus propias provisiones. Encontró pozos excavados por desconocidos, refugios contruidos por manos anónimas y alimentos dejados por personas que habían pasado por allí antes que él. Llegó a su destino no solo gracias a sus propios

esfuerzos, sino sostenido por la generosidad de muchos a quienes jamás conocería.

El Evangelio de hoy nos ofrece una visión semejante del ministerio de Jesús. A menudo imaginamos a Jesús recorriendo pueblos y aldeas junto con los Doce, predicando y sanando. Pero san Lucas amplía el panorama. Junto a los Doce aparece un grupo de mujeres: María Magdalena, Juana, Susana y muchas otras, que ayudaban a Jesús y a sus compañeros con sus propios recursos.

Esto resulta llamativo. En aquella cultura, una participación tan visible de mujeres en el ministerio de un maestro religioso era algo poco común. Sin embargo, Jesús no solo lo permite, sino que lo acoge con agrado. Forma una comunidad donde cada persona, independientemente de su posición social, tiene un lugar y una misión.

Y hay algo todavía más sorprendente. Jesús, aquel que vino “no para ser servido, sino para servir”, permite que otros le sirvan. Recibe de los demás. El Hijo de Dios, que

lo entrega todo, también acepta el cuidado, el apoyo y la generosidad de estas mujeres.

Esto nos enseña algo muy importante sobre el discipulado. No estamos llamados solamente a dar; también estamos llamados a recibir. Dar requiere generosidad, pero recibir exige humildad: la humildad de reconocer que no somos autosuficientes, que necesitamos a los demás y que Dios muchas veces llega hasta nosotros por medio de las manos y los corazones de quienes nos rodean.

En la primera lectura, san Pablo habla de la resurrección, el corazón mismo de nuestra fe. “Si Cristo no ha resucitado”, dice, “vana es nuestra fe”. Pero porque Cristo ha resucitado, todo cambia. La vida ya no está encerrada en sí misma. Lo que damos nunca se pierde; lo que recibimos nunca carece de sentido. Todo pasa a formar parte de la vida nueva del Señor resucitado.

Las mujeres del Evangelio vivieron esa fe en la resurrección incluso antes de comprenderla plenamente. Habían experimentado la sanación y la gracia de Jesús y,

como respuesta, dieron de sí mismas. No por obligación, sino por gratitud. Compartieron aquello que habían recibido.

Su ejemplo nos interpela. ¿Qué hemos recibido nosotros de Dios, de los demás, de la generosidad silenciosa de tantas personas que nos rodean? ¿Y qué estamos haciendo con esos dones? Es fácil pensar únicamente en los bienes materiales, pero el Evangelio nos invita a mirar más ampliamente: nuestro tiempo, nuestra atención, nuestras palabras de aliento, nuestra presencia; todo ello son dones llamados a ser compartidos.

Al mismo tiempo, se nos invita a reconocer y agradecer a quienes nos han sostenido: los discípulos “ocultos” de nuestra propia vida. Muchos de nosotros estamos aquí hoy porque alguien, quizá de manera silenciosa y sin reconocimiento, nos ayudó en el camino, fortaleció nuestra fe o nos mostró el rostro de Cristo.

La Iglesia misma no se edifica únicamente sobre grandes líderes o figuras visibles, sino también sobre innumerables

actos de servicio oculto. Sin ellos, la misión de Cristo se debilitaría; gracias a ellos, sigue floreciendo.

Se cuenta la historia de una gran catedral admirada por su belleza. Cuando los visitantes preguntaban quién la había diseñado, se les daba el nombre del arquitecto. Pero un anciano sacristán añadía discretamente: “También fue construida por quienes transportaron las piedras, mezclaron el mortero y trabajaron en la sombra. Sin ellos, no existiría esta catedral”.

Así sucede también con el Reino de Dios. No se construye solamente por quienes predicán o dirigen, sino por todos aquellos que, como las mujeres del Evangelio de hoy, ofrecen lo que han recibido. Ante los ojos de Dios, nada de lo que se da con amor es insignificante, y nada de lo que se recibe con humildad se desperdicia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que los dones que presentamos al Señor, ofrecidos con gratitud por todo lo que hemos recibido de Él y de los demás, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro, recibe estas ofrendas, signo de los dones que primero pusiste en nuestras manos.

Así como las mujeres que siguieron a tu Hijo sostuvieron su misión con corazones generosos, haz que también nosotros nos ofrezcamos con alegría al servicio amoroso de tu pueblo.

Concede que todo lo que entregamos con fe produzca abundantes frutos en la vida de tu Iglesia.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu sabiduría y en tu amor
llamas a cada persona a participar en la obra de tu Reino.
Tú sostienes a tu Iglesia no solamente por medio de
líderes visibles, sino también mediante innumerables actos
ocultos de fidelidad, generosidad y cuidado.

En tu Hijo, Jesucristo,
nos revelaste la humildad que sabe dar y también recibir.

Aunque vino para servir, aceptó el apoyo amoroso de
quienes lo seguían, enseñándonos que ningún don
ofrecido con amor es pequeño
y que ningún acto de servicio queda olvidado ante ti.

Por su Resurrección,
has llenado la vida humana de una esperanza duradera,
de modo que todo lo que se comparte en la caridad
pasa a formar parte de la nueva creación realizada en
Cristo.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria diciendo:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Porque todo lo hemos recibido como don de nuestro Padre celestial y estamos llamados a compartir esos dones con generosidad y amor, oremos con confianza las palabras que el mismo Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y líbranos también del egoísmo que cierra nuestro corazón a los demás. Enséñanos a recibir con humildad y a dar con generosidad, mientras esperamos con alegre esperanza la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú reuniste a tu alrededor discípulos que se servían mutuamente con amor y compartían sus dones para el bien de tu misión. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad según tu voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que se entrega plenamente por la vida del mundo y nos enseña que todo lo que recibimos está destinado a ser compartido con amor.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, hoy nos has alimentado con el Pan de la Vida.

Nos recuerdas que somos sostenidos no solo por tu gracia, sino también por la bondad, los sacrificios y las oraciones de los demás.

Enséñanos a reconocer a los discípulos ocultos en nuestra vida: aquellos que silenciosamente cargaron nuestras dificultades, ofrecieron palabras de ánimo o mantuvieron viva la fe cuando nosotros éramos débiles.

Que salgamos de esta Eucaristía con corazones agradecidos, dispuestos a compartir lo que nosotros mismos hemos recibido, confiando en que, en tu vida resucitada, ningún acto de amor se pierde jamás.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Dios todopoderoso,
que, alimentados por estos santos misterios,
lleguemos a ser más generosos en el servicio,
más humildes al recibir ayuda de los demás
y más fieles en la edificación del Cuerpo de Cristo por
medio del amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los fortalezca en toda obra
buena.

Que les enseñe a reconocer con gratitud todo lo que han
recibido y a compartir generosamente sus dones para el
bien de los demás.

Que Cristo resucitado llene sus corazones de esperanza,
para que ningún acto de bondad les parezca jamás
insignificante.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al compartir con los
demás los dones que han recibido.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Lo que hemos recibido por gracia nunca está destinado a
guardarse solo para nosotros. El Reino de Dios crece
mediante innumerables actos silenciosos de generosidad,
humildad y amor.

19 de septiembre de 2026 – Sábado de la XXIV Semana del Tiempo Ordinario

1 Cor 15,35–37.42–49; Lc 8,4–15

“Llegar a ser tierra buena para la generosa Palabra de Dios.”

INTRODUCCIÓN

Un viajero observó una vez dos huertos que crecían uno al lado del otro. Uno estaba verde y lleno de frutos, mientras que el otro se veía seco y sin vida. Intrigado, preguntó al jardinero por qué existía tanta diferencia. El jardinero respondió: “Ambos reciben la misma luz del sol y la misma lluvia. Pero una tierra es cuidada, removida y limpiada de malas hierbas; la otra ha sido abandonada.”

Esta sencilla observación refleja una verdad profunda de la vida espiritual. Dios nunca deja de dar. Su gracia, su misericordia y su Palabra se derraman sobre todos los corazones. Sin embargo, la fecundidad de ese don depende en gran medida de si permitimos que nuestro corazón permanezca abierto y dispuesto a recibirlo.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla de la semilla de la

Palabra de Dios que cae en distintos tipos de terreno. La semilla siempre es buena; el sembrador siempre es generoso. Lo que importa es la condición de la tierra que la recibe. Hoy el Señor nos invita no a juzgar a los demás, sino a mirar con sinceridad nuestro interior.

Al comenzar esta Eucaristía, pidamos al Señor que ablande todo aquello que se ha endurecido dentro de nosotros, que quite las piedras y los espinos que obstaculizan su gracia y que haga de nuestros corazones una tierra fértil donde su Palabra pueda echar raíces y dar fruto abundante y duradero.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú siembras generosamente la semilla de tu Palabra en cada corazón humano: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a perseverar cuando la fe es puesta a prueba por dificultades y sufrimientos:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos invitas a arrancar los espinos de la distracción, la ansiedad y el egoísmo para que podamos dar fruto en el amor: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que nunca deja de sembrar la semilla de su misericordia ablande nuestros corazones endurecidos, nos libere de todo aquello que ahoga la vida de la gracia en nosotros y nos haga fecundos en la fe, la esperanza y el amor; y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que continuamente siembras la semilla de tu Palabra en el corazón de tus fieles, concédenos que, libres de todo aquello que nos endurece o distrae, podamos recibir tu verdad con corazones generosos, perseverar en la fe en medio de toda prueba y dar frutos abundantes para tu Reino.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un anciano agricultor que, año tras año, sembraba sus semillas con una generosidad extraordinaria. Un vecino le preguntó un día: “¿Por qué esparces tanta semilla incluso en los bordes del campo, donde quizá no crezca nada?” El agricultor respondió: “Porque he aprendido que, si siembro solamente donde tengo certeza de éxito, nunca descubriré los lugares donde la vida puede sorprenderme.”

Esta imagen nos ayuda a entrar en el Evangelio de hoy. Jesús presenta a Dios como ese sembrador: generoso, abundante, aparentemente sin calcular demasiado. La semilla, que es la Palabra de Dios, no se distribuye con reservas. Se esparce por todas partes: sobre el camino, en terreno pedregoso, entre espinos y en tierra buena. Dios no retiene su gracia hasta que las condiciones sean perfectas. Él la ofrece libremente y en abundancia a todos. Sin embargo, la parábola también es realista. No toda la semilla da fruto. Parte se pierde, parte se seca y parte es ahogada. El problema nunca está en la semilla ni en el

sembrador; está en la condición del terreno. En otras palabras, la cuestión no es si Dios nos habla, sino si nosotros somos capaces y estamos dispuestos a recibir lo que Él nos ofrece.

Jesús señala algunos obstáculos con gran realismo. Está la dureza del camino: esos momentos en que el corazón se cierra, quizá por heridas, rutina o indiferencia. Está el terreno pedregoso: ese entusiasmo inicial que no logra resistir las pruebas y dificultades. Están también los espinos: las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida que poco a poco sofocan lo que es bueno. Estas no son ideas abstractas; son experiencias que la mayoría de nosotros reconocemos en nuestra propia vida.

La primera lectura añade una dimensión más profunda. San Pablo habla de la transformación de lo corruptible en incorruptible, de lo terreno en celestial. La semilla que se siembra parece pequeña, frágil e incluso destinada a desaparecer, pero dentro de ella se esconde una vida mucho más grande. Del mismo modo, la Palabra de Dios sembrada en nosotros puede parecer insignificante al

principio, pero lleva dentro la promesa de una vida transformada.

Si esto es así, entonces nuestra tarea es clara: convertirnos en tierra buena. Y la tierra buena no surge por casualidad; debe cultivarse. Una de las maneras más importantes de hacerlo es mediante la oración, no solo hablando con Dios, sino también escuchándolo. El Evangelio describe la tierra buena como aquellos que “escuchan la palabra con un corazón noble y generoso, la conservan y dan fruto con perseverancia”. Escuchar, guardar y perseverar: estas son las señales de un corazón receptivo.

También significa prestar atención a lo que está creciendo dentro de nosotros. A veces necesitamos quitar las piedras del resentimiento o de la decepción. Otras veces debemos arrancar los espinos de la distracción o de la ansiedad. Y en ocasiones simplemente necesitamos paciencia, confiando en que el crecimiento está ocurriendo aunque todavía no podamos verlo.

La verdad alentadora de todo esto es que el sembrador

nunca deja de sembrar. Incluso cuando la tierra no está preparada, incluso cuando semillas anteriores no dieron fruto, Dios sigue hablando, ofreciendo y dando. Su generosidad es más grande que nuestra resistencia. Cada día y cada momento son una nueva oportunidad para recibir nuevamente su Palabra.

Se cuenta también la historia de una mujer que heredó un jardín abandonado. Estaba lleno de maleza, seco y parecía imposible de recuperar. Pero ella comenzó, poco a poco, a cuidarlo: removió la tierra, arrancó las malas hierbas y lo reg  con constancia. Durante mucho tiempo pareció que nada cambiaba. Luego, lentamente, la vida regres . Donde antes solo había polvo comenzaron a florecer las flores. Cuando le preguntaron qué había hecho la diferencia, respondió sencillamente: “La tierra siempre tuvo la capacidad de dar vida; solo necesitaba que alguien la cuidara.”

Esa es la esperanza que nos ofrece el Evangelio de hoy. No importa cómo haya sido nuestro pasado ni cuál sea la condición actual de nuestro corazón; podemos llegar a ser

tierra buena. Porque la Palabra que Dios siembra en nosotros es viva y poderosa y, si le damos espacio y cuidado, dar  fruto de maneras que superan todo lo que podamos imaginar.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones que colocamos sobre el altar expresen nuestro deseo de llegar a ser tierra buena para la generosa Palabra del Señor, y para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas de tu pueblo,
y así como alimentas la tierra con la lluvia y la luz del sol,
alimenta también en nosotros la vida de la gracia
que tu Palabra ha sembrado en nuestros corazones.
Que estos santos misterios nos fortalezcan
para perseverar fielmente
y dar frutos que permanezcan.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque en tu inmensa bondad nunca dejas de sembrar la semilla de tu Palabra entre tu pueblo.

Una y otra vez hablas al corazón humano,

llamándonos a pasar de la dureza a la apertura, de la distracción a la atención, del miedo a una fe confiada.

En tu Hijo, Jesucristo, nos revelas la paciencia del divino sembrador, que nunca abandona el campo de nuestra vida, sino que continuamente nos alimenta con misericordia y verdad, para que demos fruto mediante la perseverancia y participemos de la vida nueva e incorruptible que nos prometes.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, que cultiva nuestros corazones en la fe y la confianza, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, especialmente de todo aquello que endurece nuestro corazón

o ahoga la vida de tu Palabra dentro de nosotros.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nunca dejas de sembrar paz, misericordia y esperanza en el corazón de tu pueblo.

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu voluntad, concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
este es aquel que continúa sembrando en nosotros la
semilla viva de la Palabra de Dios.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor ha vuelto a plantar su Palabra en nosotros por
medio de esta Eucaristía. Como una semilla escondida en
la tierra, la gracia suele actuar de manera silenciosa y
paciente antes de que aparezcan los frutos. Tal vez no
veamos cambios inmediatos, pero Dios continúa su obra
en los corazones que permanecen abiertos a Él.

Pidámosle la perseverancia para escuchar, confiar y
mantenernos disponibles a la vida transformadora que
Cristo deposita hoy en nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la acción de este don celestial, Señor,
se apodere de nuestra mente y de nuestro corazón,
para que la semilla de tu Palabra sembrada en nosotros
crezca en perseverancia y santidad
y produzca frutos que permanezcan para la vida eterna.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga
y haga de sus corazones una tierra fértil para su Palabra.
Que aleje de ustedes todo aquello que impide la fe, la
esperanza y el amor.
Y que los fortalezca para dar frutos duraderos mediante la
perseverancia. Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida que produzca los frutos de su Palabra.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“La semilla que Dios siembra siempre es buena; la pregunta es si prepararemos nuestro corazón para recibirla.”